

Según la enciclopedia del siglo XXI, San Google, sentirse *como pez fuera del agua* corresponde a una “sensación de no poder respirar, de sentirse ahogado y debatirse mucho”. Para mí, sentirse de esa manera corresponde a una soledad, una desconexión del lugar al que crees pertenecer. En Extremadura, diríamos que, en ese caso, el *arrejuntarse* puede solucionar cualquiera de tus problemas.

En una encina, un olivo y una higuera de la sierra de mi pueblo me crié yo. Faltaría decir que la naturaleza y un poco el “salvajismo” formaron parte de mi infancia como los limoneros en la vida de Machado. Era importante para una niña como yo tener un lugar al que acudir y en el que sentirse en “su sitio” cuando las cosas no iban bien en casa. Para mí, esa encina, ese olivo y esa higuera, eran mi encina, mi olivo y mi higuera, mi punto de desconexión de la realidad y donde solo prevalecían los sentidos. Aquellos rayitos de luz que asomaban tras las hojas de la higuera, que ahora me transporta al campo de mi amiga Andrea, aquel donde pasamos tantas tardes de verano. Esas bellotas de la encina, que te hacían resbalar en otoño y que nos tirábamos para jugar a ver quién daba más al otro. Ese olivo en el que me subía y me sentía la chica más poderosa del mundo, donde veía todo y nada me alcanzaba.

Decidí a los 11 años que, sin haber visto apenas mundo aún, ese sería mi sitio favorito. Hoy tengo 25 años, he viajado algo más, he conocido sitios exóticos, pero ese sigue siendo mi sitio favorito. Aquellos árboles me vieron crecer, me vieron enamorarme por primera vez y me vieron soñar. También me vieron llorar cuando todo se desmoronaba y pensaba que nadie me entendía.

La universidad fue un cisma en mi vida, un punto de inflexión y no retorno. Fue la época en la que conocí lo que era vivir en una gran ciudad, sentir que debía tenerlo todo y vivirlo todo y a la vez no podía evitar sentirme completamente vacía. ¿Por qué no me sentía feliz? Había desarrollado, llegados a este punto, un mayor desarrollo de mi conciencia social, conocía de dónde venía y veía con claridad las diferencias con mis compañeros que venían de sitios grandes y prósperos. Cuanto más conocía, más apreciaba todo aquello que siempre había dado por sentado y más extrañaba todos los pequeños detalles, la forma de relacionarse con sus expresiones propias (el *nalgueo* que dirían en mi pueblo para un buen cotilleo), el ritmo de vida, la gente.

Es muy difícil explicar qué son las raíces y por qué unos se aferran a ellas y otros las rehúyen. Yo entendía lo que me suponían cuando me di cuenta de que estando fuera de

mi tierra me sentía más extremeña que nunca, orgullosa de la historia que forma parte de mí, y que jamás nadie que buscara hacer de menos a Extremadura podrá hacerlo en mi presencia. Además, lo recuerdo perfectamente, me acordé de los del 25 de marzo una tarde que estaba en la ciudad, en el río, y me sentía completamente sola. El peso de la soledad, incluso estando rodeados de gente, es algo que difícilmente puede explicarse en voz alta. Es algo que, por mucho que intentes gritarlo, no consigue salir de ti. Pero pensé en aquellos jornaleros que lucharon por su tierra, por aquello en lo que creían y tuve claro que un día yo volvería a Extremadura.

Esa decisión fue sin duda un cambio en las directrices de mi vida. Hasta ese momento, no había sido consciente de que por mi profesión no podría quedarme en el lugar en el que estaba *como pez en el agua*, de que no me iba a ser fácil. Decidí que debía luchar como lo hicieron los yunteros el 25 de marzo para poder quedarme donde quería estar y entendí que yo no soy mi trabajo y que yo no quiero dinero, que yo lo que quiero es estar cerca de mi encina, mi olivo y mi higuera.